

cultura viva de canarias

# MEMORANDA ALONSO QUESADA

EDICION Y NOTA  
LAZARO SANTANA

edirca



serie: biblioteca de rescate



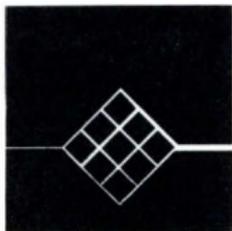
**ALONSO QUESADA**  
datos bio-bibliográficos

Alonso Quesada nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1886; murió en Santa Brígida, en 1925. Dispuso, pues, de muy pocos años para elaborar su obra. No obstante, como resultado de una capacidad de trabajo admirable, escribió varios libros (verso y prosa -teatro, novela, etc.) además de un numeroso trabajo periodístico aparecido en 'Ecos', 'El Ciudadano' etc.

En vida del autor se publicaron **El lino de los sueños** (1915), **Crónicas de la ciudad y de la noche** (1919) y **La Umbría** (1922). Después de su muerte aparecieron **Los caminos dispersos** (1944); **Llanura** (1950), **Smoking-Room** (1972) **Las inquietudes del Hall** (1975) e **Insulario** (1982). Están en curso de publicación sus Obras Completas, preparadas por Lázaro Santana.

Salvo un viaje a Madrid, Quesada residió toda su vida en su ciudad natal. Allí compartió su intensa actividad creadora (que hizo de él el máximo poeta de la historia literaria insular) con un puesto burocrático en el Bank of British, con la dirección de diversos periódicos locales, la amistad entrañable de Saulo Torón y Tomás Morales, y con la enfermedad larga y complicada que acabaría con su vida: la tuberculosis.

## **memoranda**



ensayos / artículos

cultura viva de canarias

**MEMORANDA  
ALONSO QUESADA**

EDICION Y NOTA,  
LAZARO SANTANA

edirca

serie: biblioteca de rescate

diseño de colección y cubierta:  
javier cabrera  
(sobre material de manolo millares)

- © 1982, amalia romero
- © 1982, lázaro santana
- © 1982, edirca, editora regional canaria  
avda. de escaleritas, 39-A  
las palmas de gran canaria  
(islas canarias)  
dep. legal: gc. 036-1982  
isbn: 84-85438-24-8  
impresión:  
industria gráfica mae  
gascueña, s/n

impreso en españa

*Alonso Quesada dirigió “La Jornada”, de Las Palmas, desde su aparición –16 de enero de 1920– hasta, por lo menos, el 4 de junio del mismo año, fecha en que se publicó su última colaboración en el periódico. No obstante, no es imposible que su tarea allí se prolongara algún tiempo más :la colección de “La Jornada” que se conserva en El Museo Canario –la que hemos consultado– está muy incompleta; en cualquiera de los números que faltan podría encontrarse la noticia de su cese –e incluso otras colaboraciones suyas no recogidas aquí.*

*“La Jornada” –lo hemos indicado en otra parte<sup>1</sup>– nació como órgano del Partido Liberal Demócrata– agrupación que con cierto carácter de disidencia se formó del desguace del viejo Partido Liberal de Fernando de León y Castillo. Además de varios artículos de asunto político, Quesada escribió para el periódico una nueva serie de crónicas bajo el título de Memoranda, así como una reseña a El humo dormido –novela de Gabriel Miró– y un texto, “La tristeza del hongo”, difícilmente clasificable, pero cuyo carácter surrealista tiene conexión con varios poemas de Los caminos dispersos –libro en cuya redacción se ocupaba entonces.*

*Todos esos trabajos, a excepción de los artículos de tema político, aparecen recopilados en el presente volumen. El hecho de que se prescindiera de los escritos políticos obedeció a su carácter circunstancial: se trata de artículos muy mediatos, ceñidos a la necesidad momentánea del Partido Liberal Demócrata, horros de cualquier propósito de reflexión al margen de la utilidad partidista —en la que insisten expresamente. El mismo carácter con que se imprimen —como editoriales del periódico, aunque sea detectable el estilo literario de Quesada— los sitúa más próximos a las apetencias y preocupaciones del Partido que a las personales del escritor. En el ensayo citado en la nota anterior se ha pretendido hacer un análisis de la significación general de tales escritos; no estimamos necesaria más referencia a ellos<sup>2</sup>.*

*Hemos indicado que Memoranda constituye una nueva serie de crónicas. Quizás habría que matizar la referencia añadiendo que esta serie se distingue de las precedentes —y de las que habrían de sucederle— por su tono melancólico y nostálgico. Los textos, desde luego, no están exentos de esa ironía consustancial a la obra de Quesada; pero algunos de ellos —“Las hojas de rosa”, “El recuerdo oloroso”— tienen una intención evocadora de la que carecen, por lo común, las crónicas —más atentas a sucesos y figuras del día. El mismo título general con que el poeta agrupa en esta ocasión sus prosas, apunta, aunque con cierta ambigüedad, a ese fin: memoranda no es sólo el librito en cuyas hojas unos garabatos repentinos y confusos fijan la celeridad de un pensamiento, de un hecho, de un gesto: es también la memoria de todo eso —cuya estructura vuelve a recomponerse cuando se repasan las páginas y se reviven sus significaciones. Quesada utiliza la memoranda en ambos sentidos: lo inmediato y su memoria: una máscara bifronte cuya doble mirada incluye presente y pasado. Temáticamente, el sentido más innovador es el de la evocación, aunque su técnica sea en ambos casos la misma —e idéntica a la de las crónicas: unas frases breves*

—lejanamente deudoras de Azorín y de Gabriel Miró— que insinúan más que dicen expresamente, que configuran la atmósfera más que el suceso concreto. Quesada dispone el clima e introduce en él a unas figuras de guiñol cuya conciencia alcanza, a través del lenguaje, una identidad de intercambio. De ahí que la pluralidad que afecta a *Crónicas de la ciudad y de la noche* (1919) y a *Memoranda* no se agote en el ejercicio costumbrista a que el autor parecía relegar sus colaboraciones periodísticas. Estos textos no son únicamente crítica de figuras y sucesos (o evocación de espacios y olores); se presentan también como una alteridad de esas historias, apareciendo en su lugar un texto poético desprovisto de historia, pero imbuido de lenguaje. “Memorias de otros días, de los días de todos”: ¿fue Quesada consciente de que estaba construyendo un pasado al futuro?: ¿de que erigía en la “nada” insular —esa crónica paradigmática— una propuesta de memoria colectiva: signos para el aprendizaje tanto como para la nostalgia?

Quesada firmó las prosas de *Memoranda* —salvo una excepción— con seudónimo de *Arimán* —seudónimo alusivo a mitologías y esoterismos cuya influencia debió sentir entonces y que se advierte en distintas composiciones de *Los caminos dispersos*. La reseña a *El humo dormido* apareció anónima. Tomás Orozco —un seudónimo habitual de Quesada, tomado, como otros suyos, del nombre de un personaje de Pérez Galdós (quien, por cierto, también crea un *Arimán* en su dudosa novela *La razón de la sinrazón*) figura como autor de “*El sombrero hongo*” y de “*El rosario de la aurora en el ocaso*” —la excepción aludida entre las prosas de *Memoranda*.

1. *Alonso Quesada y el Partido Liberal Canario*. Fables. Las Palmas, 1980.
2. También *Memoranda* incluye algunos textos de carácter político, que naturalmente figuran en esta edición.

## EL AVION SE FUE

Anteayer se marchó el avión y la ciudad se quedó sin este pequeño detalle. Ahora parece como que le falta una cosa. Tiene la ciudad el mismo aire desairado que una bota a la que le falta el botón de arriba.

Hay un señor que necesitaba tener el avión en puerto. Este señor había cambiado su cotidiana parla por una nueva en que barajeaba el avión de Mr. Lefranc y los aviones de "Nuevo Mundo". Y ahora, sin el avión, tendrá que decir por una sola vez: "El avión se ha ido". Antes decía, diariamente: "¡Hombre, dicen que hoy sale el avión!" "No ha salido hoy". "No salió ayer". El señor que necesitaba tener el avión se ha quedado silencioso en su butaca sin saber qué decir. Ya dijo: "El avión salió" y después ¿qué nueva cosa dirá?

Pero si el avión se ha ido hay en puertas un aeroplano. En cuanto el señor que necesitaba el avión se entere, podrá volver a reanudar su conversación.

"¿Dicen que va a venir un aeroplano?"

Y he aquí como desde Francia se puede dirigir el camino intelectual de este señor y hacerle decir unas cuantas palabras. Acaso el nuevo aviador no pueda sospecharlo.

Nada tan interesante como el señor local que le precisa una cosa para poner en ejercicio sus palabras. El señor que necesita tener una mesa delante de los ojos para decir: "Tengo una mesa ante mi vista."

¿No sería más importante tener una mesa delante de los ojos y decir: "Tengo una silla, alta, muy bien torneada?"

La imaginación del señor que dijera esta cosa, al parecer arbitraria, sería una imaginación ilustre.

## LA EXISTENCIA EN UN HILO

Sin duda que nunca ha sido la vida tan corta como ahora. Cada año es más corta. Se van las vidas con la misma indiferencia que las hojas de un almanaque de pared. ¿Es qué la gente no quiere vivir y la enfermedad es un producto psicológico inconsciente? ¿Hacemos un secreto y desconocido esfuerzo para librarnos de la vida? ¿O es una dulce liberación del Hacedor para que no paguemos tanto dinero por comer?

Posiblemente a alguien soluciona la gripe el problema de las subsistencias. No hay que olvidar, querido lector, el precio de una cebolla pequeña. Esta cebolla cuesta un real. Cuatro cebollas cuestan cuatro reales: una peseta. ¿Vale, efectivamente vivir para pagar un real por una cebolla? Querido lector, el azúcar cuesta una sesenta y nada dan por una perra gorda. Ni los fósforos. Una caja de fósforos y limpiarse las botas cuesta lo mismo. Los únicos que no han subido su cuota son los betuneros. En realidad no podían subirla, sin cometer un atentado al sentido común. Lo bajo del precio tenía que estar en armonía con lo bajo del oficio.

¿Qué es la muerte? Darío, por boca de sus centauros, nos dijo que no es demacrada mujer, sino virgen blanca y casta como Diana. Ramón Gómez de la Serna se dolía de la muerte porque era un estado donde no se podía fumar un cigarrillo. Pero nosotros, en un plano más humilde, diremos que la muerte es el abaratamiento de la cebolla. No es posible pagar tan cara una cebolla, como en la vida. El comerciante de cebollas se estrella ante la tumba del comprador.

Una honda melancolía invade hoy nuestro natural espíritu saludable. Quisiéramos jugar con la Muerte, aunque fuera al ajedrez, juego sensato y distinguido. Pero pasa un ataúd blanco, lleno de flores, frente a la ventana de nuestro cuarto. Esta muchacha muerta —pensamos— hubiera quizá pagado, a cambio de su vida, mil reales por una cebolla. Y luego decimos: “Acaso nosotros, enemigos de la cebolla y jugadores de palabras alegres, también fuéramos capaces de pagar el mismo dinero.”

¿No se puede pensar fijamente, seriamente en la muerte, tomando como pretexto una cebolla? ¿Es natural que un día la cebolla se abarate, y entonces querramos volver a la vida? ¿Sería factible morirse uno una temporada, mientras la cebolla tuviera un precio tan elevado y soberbio?

Todo es hoy inquietud melancólica, vaguedad medrosa para el cronista. El es un hombre pobre, y piensa en sus colegas de suerte. Y aunque aparentemente, sea liviana su filosofía, no pude menos de asegurar con gravedad de filósofo provinciano.

La cebolla es la génesis de este dolor. El amor, un día, estaba simbolizado por esta planta de sabor acre y picante. Antes, con una cebolla, era todo felicidad y sueños. Cebolla y pan. ¿Quién no decidió un día liarse la manta a la cabeza y ofrecerse al amor con pan y cebolla nada más? Si no importaba la vida dura y amarga teniendo por todo porvenir pan y cebolla, ahora que la cebolla es casi inaccesible, ¿quién se compromete a cantar las excelencias de la vida?

**¿Qué horizonte nos queda a nosotros los hombres del trabajo cotidiano, con la cebolla tan cara, sin el dulce consuelo de la áspera cebolla, tan compañera del pan?**

## NOS MORIMOS MENOS

Un compañero nuestro nos acaba de decir un poco asombrado, con su nuevo aire liberal demócrata: “Hoy he visto pasar por la plazuela ocho entierros”. Quiere decir el asombro del compañero que la gente sigue muriéndose más cada día. Pero nosotros —después que la campanilla del Viático no suena, —tenemos la seguridad de que la gente ya no se muere. Esos ocho entierros que ha visto el amigo son unos entierros hipotéticos. Quizás haya visto pasar uno grande y le ha parecido ocho. O, acaso, sea el mismo entierro que con arreglo a las órdenes de la Junta de Sanidad ha pasado ocho veces por la plazuela para que no sea una sola la persona que lo vea sino siete más.

La gente ya no se muere. Podemos respirar con más libertad. El microbio ha pasado. Seguramente estará en Tenerife, para que nuestros vecinos no nos achaquen un nuevo despojo.

Ayer hemos visto a un nuestro amigo insular paseándose meditabundo en una acera. “¿Qué espera usted amigo?” —le

hemos preguntado — Y el amigo ha dicho: “ ¡Ha visto usted cómo se está muriendo la gente!” Indudablemente el amigo esperaba la gripe. El la veía en la esquina de enfrente y como el avestruz, esconderá los ojos para no vérsela entrar.

Luego, el amigo se ha marchado con los hombros encogidos, como queriendo cerrar todas las puertas que van a sus pulmones. Pero la gripe ya se alejaba, cansada, hacia Tenerife.

La gente se muere menos. Es seguro. El desfile termina. Los que se fueron delante dirán, desconsolados, desde su tumba: “Sí hubiéramos ido más atrás”, como aquel que pasó por la fábrica y después de pasar se cayó un andamio. ¡Si pasa cinco minutos antes pierde la cabeza!

Ya no quedan muertos. Pero la ciudad ha visto desaparecer a algunos amigos queridos. Cuando la tranquilidad y la alegría se renueven debemos tener este recuerdo sentimental para los que no pueden alegrarse por la salud que vuelve.

## UN PEQUEÑO GENIO

Nosotros los españoles, hasta anteayer decadentes, tenemos para usarlo ante el Extranjero inculto, un pequeño genio llamado Gabriel, como el poeta italiano y el ángel anunciador. Este Gabriel es hijo de aquel otro genio más grande que se llama Antonio y que preside ese jardín florido y espiritual que llaman Academia de la Lengua. Ambos, padre e hijo, son mauristas; mauristas para serlo más que ellos mismos que son los propios Mauras. Como el conocido y aventurado señor papista.

Pues bien: el pequeño genio Gabriel ha sido nombrado Académico en atención a unos libros de historia que publicó y creemos que publica todavía. Está perfectamente nombrado. Para eso Maura es Maura y él mismo su profeta.

El pequeño genio, al presentarse todo lo Mortera que es con su discurso de recepción en la Academia, ha dicho que en España no hay tal decadencia, que si hay dos o tres decadentes esos son los enemigos de ese otro genio cívico-militar que titulan Cierva. Pero que la decadencia consiste en no

acatar los disparates que colecciona la Academia que preside el papá, y no creer en el destino mesiánico del supradicho engendrador.

Un tal Marques o Márquez de Figueroa contestó este discurso antidecadente con otro más antidecadente todavía. Un público antidecadente también, aplaudió a pesar de las barbas blancas y académicas, con todo el ardor de esos jóvenes mauristas que llevan visagras en las caderas y pantalón de organilleros. Y gritó: — ¡ Viva la antidecadencia!

Con lo cual, si quedaba algún caso aislado de decaden-tismo, fue extirpado en el acto, con la Mortera maurista donde se molió el marquesado del tal Figueroa, novelista, exministro y antidecadente inmunizado.

Consuela ver aún hoy paladines de estas píldoras Ross de la antidecadencia, paladines que serán nuestra salvación política y gramatical, mañana.

## MEJOR Y PEOR

Ayer empeoró el tiempo. Al tiempo también le dio la gripe. Pero fue una gripe muy ligera porque hoy ha vuelto a respirar bien con ese espléndido pulmón solar.

Cuando llovió, y el tiempo luchaba con su respiración, la gente acorralada, tembló en los zaguanes. Pero hubo quien dijo: "Esta lluvia limpiará la atmósfera de bacilos." La lluvia arrastró al amigo que nos trae la gripe. Nuestro alcalde, que también hizo correr el agua, se ha visto ayudado generosamente por el Supremo Hacedor. Desde luego, a nosotros, algo apegados a las cosas terrenas, nos parece más práctico este procedimiento de Bernardino Valle y de Dios, que no la profilaxis celestial que recomendaba desde *Renovación Su Excelencia* el otro día.

Hoy tenemos sol. Un sol sin gripe. La lluvia fue para que este sol pudiera llegar hasta las almas y los pulmones humanos sin obstáculo alguno. Es de suponer que todos hayan de recibir al sol como si se tratara del propio señor Luengo, que nos viniera a arreglar las cuestiones con buena voluntad y un abrazo amical de queridísimos e ilustrísimos compañeros.

## UNO SOLO

Ayer no hemos visto cruzar la ciudad sino un solo muerto. Ya no hay epidemia. Posiblemente, este muerto se ha marchado por causa de otra enfermedad. El ataúd tiene un aire más conforme, más resignado que los que llevan víctimas de la gripe. Hemos pensado que cuando ya no hay temor a morir de gripe este enfermo, que esperaba que el chubasco pasase, se ha muerto tranquilamente. Mucha gente estaba para morir de otra enfermedad, pero aguardaba a que la gripe se fuera, para no morir de gripe. Es menos trágico morir del hígado, de un cáncer. Si tenemos un cáncer, cuando hay epidemia gripal, es mejor esperar que la epidemia pase. ¿Cómo podemos justificar nuestra muerte, independientemente de la gripe? Es quizás poco elegante ya. Con la gripe puede ocurrir lo que ocurrió con los jerseys. Hoy es mejor no tener un jersey.

Pero el muerto que hemos visto cruzar por la calle estará triste. Si no ha muerto de gripe dirá: “ ¡ Haber gripe y morir-se uno de otra cosa! ¡ Si no llego a tener esta cosa no hubie-

ra muerto de gripe! Es tener mala estrella o mala pata, esta mala pata que ya no es mala ni buena, porque la he estirado para siempre.”

Y el muerto tendrá razón. Es seguro que habiendo gripe grave que a todos se lleva, el muerto de hoy sin otra enfermedad pasa por entre la gripe, como ha pasado entre las frías miradas de los ciudadanos, encerrado en su ataúd.

¿Era un hombre bueno el muerto? Sí. Al morirse de otra cosa ha querido dejar un margen de esperanza al ciudadano medroso. Ha querido decirle: —“No tenga usted miedo. Si no tiene usted otra cosa, hay probabilidades de que no se muera usted. Yo hubiera querido morirme más de la gripe, porque al fin era más inevitable o más fatal. ¿Pero habiendo esta terrible amenaza, morirse uno de otra enfermedad corriente...?”

Sí, señor muerto. Es defraudar nuestro miedo.

## NUEVO SILENCIO

Hay ahora, en las calles de la ciudad, por la noche, un nuevo silencio. Oyense más claro los ladridos de los perros del Risco y el adelantado canto de algún gallo insular.

El silencio histórico de estas calles desde que cierra la noche se forja más intenso y más negro. Es un nuevo silencio que hace presión sobre el silencio antiguo. Lo sentimos más cerca de nosotros, con todo el ardiente calor de su modernidad. Es el silencio del miedo.

La gente tiene miedo. Apenas acaba el trabajo, la gente se abriga y se esconde en su casa. Bien es verdad que hay un aire afilado como el acero, que corta las ropas, atraviesa el pellejo y roza el importante pulmón. Frío, frío extraño en un país de eterna primavera. Cada año hace más frío y el miedo de estos pobres amigos desacostumbrados, tiembla y se congela al fin. Para que no se congele el miedo, el amigo insular se esconde entre mantas efusivas.

Nadie cruza las calles. Algún audaz. Las ventanas de las casas cerradas dan la impresión de que también tienen mie-

do. Pero parece que hay detrás de los cristales unos ojos profundos que acechan y van detrás del miedo, siguiéndolo por la ciudad. ¿Dónde estará ahora el miedo? El miedo pasó por nuestra casa. ¿Se ha metido por una rendija de nuestra puerta o siguió al zaguán del vecino? ¡Señor, que siga al zaguán del vecino!

Y no se desea que no siga a ningún zaguán, porque así, ya dentro de uno, no hay temores de que se venga al nuestro o nos esté amenazando toda la noche con acercarse.

¿Por qué tienen miedo estos amigos a la noche fría? ¿Es algo importante perder un empleo de cincuenta duros y este pantalón eternamente zurcido por las manos de la triste mujer que nos acompaña el hambre?

## LOS DOS VAPORES IGUALES

En la bahía estaban fondeados ayer dos trasatlánticos, el “Buenos Aires” y el “Montevideo”. Esto era importante, sin duda. Pero había otra cosa más importante. Los dos barcos son gemelos, aunque uno tenga un palo más que el otro. El palo de más puede ser defecto del hermano que salió después. Lo que quedaba del cordón. Pero en la totalidad los dos son idénticos.

En el tranvía hemos advertido esta semejanza, mas no de nuestra natural observación, sino por la de un viajero entusiasmado. Este viajero lo ha dicho diez veces. Los dos vapores son hermanos y si uno tiene un palo de más fue porque se lo quitaron al otro. Pero son iguales. El viajero ha insistido y toda la gente del tren miraba a los barcos y al señor, convencidos de esta primordial semejanza.

Todo el tranvía estaba pendiente de las palabras del señor que hablaba de los barcos y se satisfacía de saber una cosa que antes no supo y que probablemente sin la ayuda de este señor, no hubiera sabido jamás.

Es muy posible que el señor del tranvía no supiera otra cosa. Quizás todos sus conocimientos se redujeran a saber que el “Buenos Aires” y el “Montevideo” eran barcos iguales. El quería demostrar esta noticia y habla en alta voz para que todos lo oyéramos. Y el señor, cuando la gente le miraba con cierta admiración, por la cosa tan importante de que era dueño, adquiría un aire de catedrático pedante, así como don Adolfo Bonilla, a quien por otra parte se parecía algo físicamente.

El griego dijo que no debiéramos jamás dejar pasar un día sin haber aprendido alguna cosa más. El señor de los barcos no conoció al griego, pero él siempre que se acuesta sabe, porque lo aprendió de buena tinta, que el “Montevideo” y el “Buenos Aires” son idénticos. Y se duerme feliz.

## EL APOSTOL PABLO

Cuando nosotros, perdidos en las tinieblas de nuestra memoria, creímos que Pablo López, el cómico, era un recuerdo milenario, he aquí que surge como un delicioso presente. Aparece en Tenerife y al verlo tan de cerca preguntamos aterrados: —¿Será Edmundo Dantés? ¡Quién lo creyera!

Pablo López, sin años ya, porque ha prescindido de ellos dejándolos en su camino, forma otra vez su compañía de zarzuela, y debuta. ¿Cuántos debuts habrá hecho la compañía de Pablo López, desde comienzos del siglo pasado al presente año?

Pero Pablo viene esta vez sin más López que un hijo. Y toda su compañía pierde con esto el tono peculiar que la sostuvo tantos años fragante. Pablo López es el mismo. Su compañía también lo es. Sin embargo nadie conoce a los actores. Y ésta era la característica, —aparte de la que cantaba,— de la invencible compañía de zarzuela. Pablo López recogía cantantes y los metía de sopetón en “La Tempestad”, para debutar enseguida. El debut de Pablo López era siem-

pre un debut a prisa, un debut en el cual se nos decía siempre: “Estamos esperando a tal tenor o cual tiple.”— Mientras se las componía con “La Tempestad” donde el barítono sólo cantaba bien “la lluvia ha cesado”.

La compañía de Pablo López no puede terminarse nunca. Cuando los más viejos se van haciendo inservibles, ya Pablo López ha puesto en la cola unos rozagantes puntales, que aprenden el tono de sus romanzas para cantarlas como los anteriores. Y así la compañía se hace sucesiva y eterna. Pablo López es un apóstol de la zarzuela grande. Los años de Pablo López han pasado a la historia, pero su compañía crece y se sostiene con los años como la alba camisa del Redentor.

## LLAMAR LA ATENCION

Hemos leído una pequeña interviú que el joven amigo Brunmell ha celebrado con el genio español Sr. Linares. A nosotros nos interesa el Sr. Linares, como suele interesarnos una esquina. Nos dicen un día: “He visto a Fulano en una esquina”. Y enseguida ponemos un pequeño interés en esa esquina donde Fulano se apoya por razones misteriosas.

El Señor Linares llegó a Las Palmas después de *La Garra* y de *Cobardías*. Es posible que si hubiera venido antes no nos hubiera hecho tanta gracia. Pasarnos dos horas ante *Cobardías* bien merece un rencor, aunque el Sr. Linares sea Académico. No podemos jamás olvidar la voz áspera y terrosa del Sr. Llanos diciéndonos aquellas cosas shakesperianas del Sr. Linares.

El Sr. Linares es sordo. No sabemos quién dijo que era una ventaja porque así no se enteraba de las tonterías que decían sus personajes. Seguramente, es ventaja también para no enterarse de las cosas que le dicen las personas no ca-

tetas. Porque tenemos la evidencia de que el Sr. Linares es sordo por fuera y por dentro.

Al amigo Brunmell le dijo el Sr. Linares unas cuantas cosas nutridas de sapiencia. La más importante fue, sin duda, aquella de que al escribir *La Garra* sólo se propuso llamar la atención de la Iglesia y el Estado sobre lo que a diario lamentamos.

El Sr. Linares aunque hizo una comedia literaria no ha querido decir más que “¡Eh, amiga iglesia! ¡El compañero Estado! Abrid el ojo.” Pero la Iglesia y el Estado, que no suelen concurrir a los teatros, se han quedado con el ojo cerrado. Y es lástima, porque el Sr. Linares, en pago de este abrir el ojo al Estado y a la Iglesia, confiaba en que el poder de los dos le abriera a él el oído.

El Sr. Linares dice que le han combatido mucho. Siempre la impedimenta auricular. No es que le hayan combatido sino que ha hecho mucha gracia a toda persona que haya visto antes una comedia de Benavente. El Sr. Linares, en su afán de ser feliz, confunde el combate con la chungá.

Pero en fin. A nosotros nos ha emocionado las sutiles cosas que le ha dicho a nuestro joven amigo Brunmell el Sr. Linares. Y como hubo champagne y gira a la Vega, podemos permitirle, una vez más, al Sr. Linares que haga un diálogo encantador.

## TODOS MENOS UNO

El cronista puede decir hoy que es la única persona insular que no ha sido proclamada edil. Todos los ciudadanos entusiastas quieren ser votados en las urnas. El cargo de concejal de la mayoría está ya tan a mano como el de Ministro de España. Más fácil que ser buena persona es ser Ministro. Concejal y Ministro es una cosa igual. Será preciso poner pues en nuestra tarjeta: “No he sido Ministro”, o un botoncito en el ojal de la americana: “No crea Ud., señor transeunte que yo tengo otra cartera que la de piel de Rusia que adornada con iniciales de oro enlazadas, guardo en mi bolsillo. No soy concejal, ni soy Ministro”.

El concejal de la mayoría es el eterno concejal. El hombre que siempre se proclama y del cual no sabemos nunca qué pequeño secreto crematístico lo incita a este cargo. Pero el hombre insular que aspira a la concejalía piensa casi siempre en la muerte. Envuelve esta aspiración una intención macabra. El hombre quiere morir de concejal. Y el sencillo ciudadano que no lo ha sido nunca, se le ocurrirá serlo,

leyendo la esquila de algún concejal muerto donde ponen que es concejal y que el Excelentísimo Ayuntamiento invita a la procesión fúnebre. Camino del suicidio puede ser el que a este cargo lleve. Suicidio inconsciente, fatal.

El concejal de la mayoría no pide jamás el voto. Hay otra mayoría que se lo da tranquilamente, como él mismo, sin quebradero de cabeza o de espíritu, lo entrega ante el primer negocio de la primera sesión. Todos estos electores son el propio concejal disgregados. Sale este concejal por un sólo voto. El voto de gracia. Y los dos se sienten a la vez concejales de la mayoría, que es mejor, porque así están más acompañados los células; y cuando el elegido sale, salen todos y todos dicen que sí, cuando el otro lo dice. De este modo, el concejal es siempre el mismo. Por eso al proclamarse ahora tanta gente no viene a ser sino una pequeña redundancia política.

El cargo de concejal de la mayoría es como un dije. Todos tienen su cadena de reloj, gorda y cubana, donde luce un dije de esa pintoresca piedra gris.

La única materia gris que llevan encima, acaso...

## LLUVIA POLITICA

La lluvia de ayer, el tiempo rebelde de ayer, fueron una significada alegoría política. Todo —ni el tiempo— nos iba a ser ya manso en época electoral. Si los ciudadanos habían de agitarse ¿por qué no los elementos celestes? Un tradicionalista diría: “El cielo estaba con nosotros” Un señor del poder —que es también tradicionalista a su modo, al mejor modo— exclamaría: —“El cielo nos anunció que no tolera renovaciones.” Y yo, hombre inexperto, incrédulo hasta el límite sólo podría decir en un tono mefistofélico de drama clásico: —“¿Con quién estaría el cielo?”

Pero el cielo estuvo con alguien. La lluvia fue como un barrido y el viento se llevó amenazas y promesas. Los hombres temerosos del tiempo se acobardaron y los votos cayeron como la lluvia, un poco irritados y otro poco decididos. Cuando escribimos estas líneas no sabemos aún si la lluvia de los votos ha sido más eficaz que la del cielo.

En los colegios, los apoderados y los candidatos sonreían.

Aguarecidos de la lluvia poco pudieron moverse. Y en este inevitable encierro se dedicaron a pasarlo buenamente.

Los ojos caían sobre la papeleta del votante que entraba y que ya tenía su papeleta en la mano. Lluvia de miradas, rayos de luz que porfiaban por atravesar el papel doblado.

Nosotros, que hemos venido observando este pequeño detalle de los interventores insulares confeccionamos nuestra papeleta de antemano para dejarlos en la duda cruel de nuestro voto.

Y he aquí como este amigo no puede creer que votamos su candidatura, habiéndola votado, y aquel otro enemigo, piensa que fue para él nuestro voto, no siéndolo. Y esta incertidumbre, con el gris de domingo, dio a la votación el tono sentimental que nos convenía.

Votar es una cosa melancólica. Votar, es elevar a otra persona, que no somos nosotros. La verdadera votación sería la propia. Nuestro incólume individualismo, no se aviene a estas liberalidades.

Por eso quisiéramos saber con quién estuvo el cielo. ¿Estaría con nosotros, displicentes y grises, malhumorados y aburridos? ¿Con nosotros, que pasamos delante de los colegios, sin emoción y sin interés?

No. El cielo no pudo estar tampoco con nosotros, porque nosotros, al fin y al cabo —almas disconformes, espíritus inadaptados— hemos tenido que votar en contra.

## UN MARINERO

Jamás habíamos visto votar a un marinero. Parecía posible que a un marínero no le interesaran los concejales de la tierra. Hombre de cielo y mar, sin más ley que la dulcísima y sencilla del timón, nada terreno ni militar ni civil, le pudiera importar. Pero el marinero es hombre que vota. Por lo menos un marinero que nosotros vimos. Y que después resultó que no era marinero.

Un marinero que no lo es y quiere serlo para votar, es aún más extraordinario. Parecía lógico que siendo marinero disimulara su oficio con otro terrestre justificativo de su interés ciudadano, pero no ser marinero y hacerse, como una gran razón electoral, toca los límites de lo absurdo.

Pues nuestro popular amigo Juan, hombre que no ha solido ver el agua ni en la palangana y cuya profesión es andar continuamente por las aceras —todo tierra— ha querido votar el domingo por marinero.

¿Y cómo podía este hombre aceptar un cargo tan arries-

gado y peligroso siquiera sea eventual? ¿Cómo nuestro amigo, que pudo haber sido guardamontes o lego de Paules prefirió ser marinero, afición tan apartada de su alma, llena de tierra, repleta de polvo?

Nuestro amigo Juan porfiaba en su oficio. El era marinero. En vano, otros amigos —los apoderados de la mesa, los candidatos contrarios— luchaban por demostrarle a Juan, que no tocara por ningún lado la marina. Juan persistía. El era el propio pirata de la canción que iba viento en popa y a toda vela con diez cañones por banda...

— ¡Ese señor no es marino!— gritaba un energúmeno— Y Juan, no salía de su asombro. ¿No era marino pues? ¿Y aquellos cinco duros plateados como la mar que sonaban en sus bolsillos, qué significaban entonces?...

## EL CIELITO INFERNAL

Más parecía la ciudad en estos carnavales el patio de un manicomio, una casa de salud llena de degenerados que padecieran una igual manía. Un cantar idiota que desde Pascuas nos venía amenazando con la relajación de su ritmo fue todo el Carnaval. Desde el señoritingo de pantalones de odalisca hasta el último jayán, se pasaron los tres días cantando ese cielito repugnante, con una crueldad de infierno. Ni un rasgo de gracia, ni un gesto espiritual. Las voces desentonadas, las voces roncadas de aguardiente emitiendo el cielito con una plebeyez espeluznante y desesperada. En el tranvía, en las esquinas, en las calles, en los rincones más ocultos y absurdos no se oyó otro cantar y otra gracia que el cielito, cuya casa solía estar a un paso del hombre cantador. Hubiera sido justo buscar otra casa que se hallara veinte millones de pasos de la ciudad, para meterse uno en el sótano de ella. Cogerlos a todos y meterlos de cabezas en el barranco lleno hubiera sido poco: una broma de salón. No hay palabras con que expresar

la incomodidad del ciudadano discreto ante la estólida diversión. Tres días desde el amanecer, sin cesar, el canto se oía y siempre, para mayor gloria, desentonado. Todavía ayer, miércoles de ceniza, quedaban cielitos de la gente resonando por ahí.

¿Qué descubre esto? No descubre nada, claro. No es más que una triste confirmación de la absoluta desgracia insular. En otros lugares el pueblo es ordinario y brutal muchas veces, pero es pueblo y suele tener gracia y sobre todo personalidad.

Pero esta gente agorilada no hace sino imitar las cosas tontas de los otros con mayor plenitud de tontería. Después de los momentos de indignación viene la tristeza, el desconsuelo de no encontrar ningún resquicio espiritual con que poder uno solazarse.

Fue en verdad edificante el espectáculo carnavalesco. Queremos apuntarlo en este pequeño volante de recuerdos, con unas sencillas palabras.

Decididamente, este pueblo es estúpido.

## NOROESTE

Hay un viento terrible y un señor de la ciudad dice: “Es Noroeste”. El señor sabe de vientos. Además de gallos. Es gallista furibundo. Pero la importancia de su viento es mayor que la de sus gallos.

“Mientras no se quite este noroeste, no podremos estar” —dice el señor. Y añade que hace frío. “Sí, sí, en realidad hace mucho frío.”

Y empieza a recordar y a preguntar a los amigos si ha habido antes tanto frío. El frío lo trae el noroeste. El noroeste es, por estos días, un cacique máximo. Nada se puede hacer con el noroeste. Es como un huésped que tenemos en casa y hay que supeditar todas las cosas a la atención del huésped.

Cuando se vaya el noroeste entonces podremos salir a la calle. Si el noroeste continúa hospedado en la isla no podremos ir el domingo a la Piñata.

El señor de la ciudad ha dejado de visitar el puerto porque el noroeste se dedica a jugar con las cortinas del

tranvía. El noroeste trae algunos cáttaros de recuerdo y le precipita a los transeúntes sus pequeñas necesidades acuáticas. El noroeste da estampidos en las ventanas para que el señor no duerma y pueda decir que no ha dormido. Un señor que no duerme, es un hombre de cierta categoría. Generalmente se admira a esta clase de señores que se pasan la noche en vela por culpa de alguien. Señores que se preocupan, señores delicados. Una ciudad puede ser civilizada teniendo dos o tres docenas de señores así.

El noroeste hace tres días que *pulula*. Cuando se vaya el señor de la isla dormirá. Y su importancia, aunque parezca raro o contradictorio, aumentará. Pues dira satisfecho: —“Gracias a Dios que he podido dormir tranquilo después de cuatro noches en vela.”

Y a todos nos parecerá este sueño del señor distinguido como un pequeño homenaje de la naturaleza, un banquete de doscientos cubiertos donde hablan elogiosamente los amigos y admiradores del señor.

El noroeste parecerá al primer zumbido una cosa trágica pero en sus invisibles fauces trae muchos nombramientos importantes.

## PIÑATA

El domingo de Piñata es como un honesto, tímido y esclavizado oficinista. Un pobre diablo de oficinista que aguanta el musculoso gesto del patrón extranjero, ese patrón colonizador y hecho de descortesía, tejido de descortesía, y todo él con la descortesía enlazada, como un serón de paja o una complicada cesta de mimbre. El domingo de Piñata sale en medio de la Cuaresma, como un día oficinista, que harto de simplezas numéricas fingiera un mal y se libertara a escondidas del trabajo de un día. El domingo de Piñata es tan triste como aquel M. Lerás de Maupassant, tenedor de libros de Labure y Cia. que se ahorcó con sus propios tirantes en el Bosque de Boulogne. El domingo de Piñata tiene alma suicida, un alma tenaz de suicida, y si fuera algo material, algo corporizado, ya hubiera finalizado su existencia. No habría domingo de Piñata hace muchos años.

Este domingo no tiene nunca sino tres máscaras, las máscaras que más se aburrieron en los tres días de Carnaval, y

que apuran un día más para libertarse aprisa del aburrimiento. El domingo de Piñata tiene el alma distraída y fría; parece como un día que se encoge de hombros y pasara entre los demás días sin verlos, y despreciándolos por reflejo del desprecio de sí mismo. Es como esas personas insignificantes, de las cuales se echa mano siempre, a última hora, para que desempeñen un cargo o para que hablen en una velada, porque no hay nadie que preste este pequeño servicio que todo el mundo ha prestado ya. Gris, pero no con el gris que ven los ojos, el gris de la pintura, sino con ese otro gris que se siente y que se oye en los lentos paseos del alma harta de vagar por las calles de una ciudad idiota y extrangerizada.

Llegó el domingo de Piñata con sus tres únicas máscaras, que recogieron las sobras de la alegría carnavalesca, y que las continuaron esparciendo como serpentinas deshechas sobre los hombres serios que transitaban. Era el eco débil, enfermo de una falsa alegría que este domingo se descubre todo; se descubre, porque sólo quedan los menos expertos en fingir alegría, y éstos nos enseñan, con su torpísimo arte, que nada fue cierto, que sólo hubo una careta enorme que cobijaba bajo su risa de cartón los espíritus enarenados de una turba inconsciente y esclava.

## NADA

Pasado el temporal berberisco, pasado el temporal del Noroeste, pasado el temporal de la alegría se ha quedado la ciudad como una acera ancha y limpia. Parece que está brillante, como si la hubieran fregado de toda cosa bulliciosa. La gente cruza con suavidad de magistrados que van al parque y hay un ambiente de casa nueva y barrida, cuyas puertas se abren al mar para que entre el rumor de las olas y el oro del distinguido astro solar.

¿Qué ha pasado? El pequeño insular no lo sabe. Tiene como un vago recuerdo en su mente. Los dos temporales y el Carnaval se juntan, se amontonan en su memoria. ¿Cuál fue el primero? ¿Vino el polvo del Sahara antes que las máscaras o fue después?

En la isla las cosas no tienen actualidad nunca. Son del mismo modo y pasan como continuación de un ovillo que empezó a devanarse el día que los católicos señores se adjudicaron los siete peñoncitos. La vida insular puede ser aque-

lla *nada* bíblica de que se valió el Señor para construir este mundo. Más recta que sus aceras, la vida de la ciudad empieza en un llano y en otro llano igual termina. No es un sueño. Un sueño casi siempre es una escala de Jacob. No es una muerte. La muerte tiene una revelación detrás de su puerta y si uno no es Dios al morir será raíz de otros frutos. ¿Qué es, pues? Es esa *nada* de que hablamos.

La *nada*, pudiendo ser una cosa natural, habría de tener este aspecto. Un comerciante, un médico, un abogado, un sobrestante, silenciosos, bajo una inmensa y azulada campana neumática.

Pero no podríamos hacer de esta *nada* ni una estrella siquiera.

## SIN DUDA

Anoche, al regresar del puerto, oímos pregonar en las paradas del tranvía a los chicos que venden el Diario: “¡*El Diario*, con el discurso de Maura!” —Esto nos exaltó. ¿Qué habrá dicho de la crisis este himalaya oratorio?— Pero no era de la crisis. Era de Galdós la opinión del ex-Mesías.

El Sr. Maura, como sabe cada maurista, preside esa salchichería del léxico que se llama Academia Española. Esta Academia celebró, claro está, una velada necrológica en honor de Galdós y como el señor Maura es Presidente, pues hubo de glosar la labor del novelista en un discurso que al *Diario* le parece admirable y a *La Provincia* le parecerá colosal.

El señor Maura, padre de la patria y de Gabriel, que si no es tan himalaya como su padre es un pequeño Moñcayo zarzuelero, dijo entre otras vulgaridades de mayor cuantía, que no se explicaba cómo Galdós tenía tanto talento. Y aquí el señor Maura, confundido, anonadado ante la semana trágica del intelecto galdosiano, se preguntó: ¿Cómo demo-

nios pudo atesorar Galdós tantas cosas? ¿Cómo, metido en una garita, pudo saber o escudriñar aquel numeroso cúmulo de observaciones? Y el señor Maura viene en consecuencia de que sin duda era potente y fértil su imaginación creadora.

¿Pero quién dio a Galdós tales atributos? No puede ser sino que Dios —prosigue el señor Maura— le dotara de aptitudes extraordinarias. Don adivinatorio. Y el señor Maura, a quien Dios no ha dotado sino de barba, de Goicoechea y de Delgado Barreto, continúa enumerando las dotes, a las cuales es familiarmente muy aficionado, con que el Supremo Hacedor adornó a don Benito.

Bello discurso. El gran político español es un gran Académico. Nada se dijo de Galdós tan nutrido. La observación del maestro lo escudriñó todo, pero se le escapó este portento de sobreusada psicológica.

## CORREO DE MARTE

El pequeño mercader isleño recibirá posiblemente dentro de poco tiempo correo y mercancías de Marte. Desde Marte parece que quieren comunicarse con nosotros. Según Marconi se vienen observando señales extrañas que interrumpen periódicamente las funciones de la radiotelegrafía. Estas interrupciones se observan a la altura de New York y de Londres, los dos lugares donde más relaciones tiene el comerciante insular.

¿El planeta Marte o el planeta Mercurio, es el interpelador? Si se tratara de un asunto isleño sería Mercurio; si es el asunto nada más que español, Marte. Pero nosotros nos aventuramos a creer que es Mercurio y que desde este planeta están interesados en comprar unos platanitos. Es un negocio ultraterrestre que se nos viene encima y que sería tonto desperdiciar.

Un negocio interplanetario podría ser para nosotros una solución admirable. Los canales de Marte es un segundo ne-

gocio de aguas y en los cráteres de la luna se podrían plantar unas tabaibas que bordearían las fincas platanales.

El comerciante insular recibirá una carta del comerciante marciano y dirá: —“Mi corresponsal de Marte me propone precipitado rojo.” El comerciante adquirirá cierto prestigio y el letrero de su tienda se extenderá hacia todos los confines planetarios. Si no puede venir todavía un Yeoward de Marte, vendrá un Paquete de la Luna. Azafrán de Saturno o velas de Venus hemos de ver pronto en los escaparates de la calle de Triana. Y así como el señor Robaina, según dice Centeno, iba a Londres a saludar a Mr. Hope, ahora iría a Júpiter en busca de unos pequeños rayos con que partir al cliente.

El señor Marconi tiene razón. Esas señales son para comunicar con los tenderos insulares. Hace tiempo que los artículos que se expenden en la ciudad andan por las nubes.

## ¿PSICOLOGIA POPULAR?

O individual. Pues puede ser uno solo el distinguido espíritu que se escribe y se contesta en una sesión que con el apodo de *Menestra* se publica en *La Provincia*. Como don Jesús Delgado, el delicioso hombre que construyó Galdós para *El Doctor Centeno*. Menos delicioso es este de aquí, claro es; y desde luego menos modesto. Pasar los ojos por esta sección es adquirir de golpe un profundo conocimiento del alma humana. El periódico matinal, gran servidor de psicologías meneses, nos descubre ahora este pequeño mediterráneo espiritual para alegría y regocijo de las musas. No podemos entender, sin embargo, como el insular abandona su perenne siesta anímica para cooperar en la venezolana labor de los señores de *La Provincia*. Por eso apuntamos la sospecha de que puede ser uno solo el sutil narrador de la *Menestra*, cuyo genuino nombre es *Potage*.

No es perder el tiempo, que el tiempo no suele ofrecerse a estos espíritus. El tiempo pasa renovando las almas y los

caletres, sin hacer jornada en quienes la infancia hincó sus prestigios para toda la vida. El tiempo no se puede perder, porque es él quien nos pierde, y todo esto, que la gente tolerante llama boberías, no es por haberse salido del tiempo, perdiéndolo, sino por no haber entrado jamás en él y hacerlo todo a su imagen. El tiempo, desfila incólume, sin entremezclarse en nosotros; mas arrastrándonos a los que por mayor seriedad nos acercamos a la orilla. Perder el tiempo es haberlo tenido, como perder la cabeza es supuesto de poseer antes una. No puede perder la cabeza quien está de ella desprovisto. Sólo podrá perder el sombrero. Lo mismo, el tiempo, aunque sea moneda, según el dicho inglés, y la moneda tenga más incentivo que el tiempo.

Pero esparciendo la mirada y conjurando voluntad sobre la *Menestra*, podemos dolernos de nuestro desengaño. Y en las nebulosas contrariedades de nuestra modesta filosofía, pensamos si es que el tiempo no pasa para ninguno. Que sólo hubo un tiempo, aquel del cual se dice en las narraciones: “En un tiempo había un Rey...”, y que se quedó petrificado en la historia, para no hacernos hondos daños mentales. Que pasar, cada vez más cerca y más austero, es rectificarnos nuestro regocijo y machacarnos nuestra infantilidad.

Indudablemente no hay más que un tiempo: “Aquel tiempo”. Un tiempo de verdad. Los demás tiempos no dañinos, mentirosos, son juguetes para el espíritu, y así como el tiempo nuestro puede ser el hacer uno para morirnos y alejarnos presto de la tontería, el tiempo de *La Provincia*, el de ahora y el de siempre, es un indiscutible tiempo de vals.

## FRIO

Hace frío, sin duda. Gratísimo hielo que nos hace ser un poco londinenses. Empezamos con los letreros en inglés y hemos acabado con el frío y la bruma británica. Para un hombre profundamente patriota, con patriotismo atorcuado, esta sería una señal alarmante. Penetración pacífica de los ingleses. Primero con su carbón y sus gabarras y después con su frío. Es indudable que este frío ha venido en el último Yeoward. Mercancía, sin reembolso, con conocimiento libre. El flete lo pagarán después los pulmones.

Pero la gente, así como no está acostumbrada a las duchas espirituales, tampoco puede arregostarse al frío. La civilización bien sea filosófica o metereológica no entra cómodamente en el isleño. El isleño va por la calle asombrado, tiritando de miedo. Como iría más asombrado aún y temblando de espanto, si le obligaran a leer la *Crítica de la razón pura*. Este frío es algo así como una teoría Kantiana que no podemos tolerar o comprender nosotros, los hombres elocuentes y ardorosos.

Da pena ver al insular enfriado. El insular que siempre ha sido caluroso y gritador y fanfarrón y sabihondo. En las esquinas, acurrucado dentro de su propia americana tartamudea “No nos jeringuen con este frío”.

Pero el frío es cultural después de todo. Salir tan concienzudamente del frío, como de teoremas matemáticos es de una igual importancia. Y un hombre que sienta el frío se puede dar tanto pisto como el que siente la barcarola de *Gioconda*.

Recibimos el frío, como un mensajero de otros países más cultos. Preparémonos las casas con sus tejados, construyamos para el futuro invierno la dulce y literaria chimenea. Cerca del Mar viendo arder la llama nos sentiremos más hogareños y más cuentistas. Un cuento al calor de la llama, un cuento de navidad es una cosa exclusivamente británica. Y ya que nosotros enviamos nuestras bananas a Inglaterra, que Inglaterra nos envíe su frío, como intercambio espiritual.

## EL ALMANAQUE NO SE HA EQUIVOCADO

Este pequeñito almanaque de color amarillo que circula por ahí, un almanaque de Obispado, puramente local, se ha portado como todo lo contrario a un almanaque. Es decir, seriamente. El almanaque nos ha marcado un tiempo terrible, y el tiempo se va cumpliendo como un anatema. Dijo tormenta y tormenta hubo, dijo lluvias y llovió con cantidad de cuarenta días y cuarenta noches. Dijo: “Os helaréis señores casi meridionales”, y helándonos estamos. No se ha equivocado y esto trae al modesto insular con un poco de sorimba.

Este almanaque, como hecho en un despacho antimeteorológico, no dice nunca una verdad. Suele traer unos versos al principio como juicio del año y no del autor que los escribe, y es todo lo único que tiene alguna relación con el termómetro. Siempre se ponen al capricho, en los alrededores de la luna nueva, unas cuantas lluvias y algún que otro viento. La luna agradece esta atención y como correspondencia atraviesa el celeste prado, serena y templada.

Pero este año parece que el almanaqueador sintiéndose iracundo y echó tantos vientos y tantas lluvias que la luna no tuvo tiempo de recoger el presente. Y enfriada la amistad lunar con la amistad almanaqueense venimos a pagar el aire que se cuele por los vidrios rotos, los insulares honestos que no tenemos abrigo.

¿Quién se iba a comprar un abrigo, con un almanaque resguardador? ¿Quién podía pensar en la sinceridad de un almanaque de papel, si a un hombre de carne y hueso se le suele decir por menoscabo almanaqueador? El frío es como un dedo rígido, helado de la Providencia, que señala inflexible un escaparate sartorial.

¿Por qué confiamos en la Primavera, para ser ella al fin, nosotros mismos? ¿Qué importa buscar el fiado de un abrigo, si Wilde nos aseguró que era mejor ser señalado por el dedo de un sastre acreedor, que al fin es un dedo solo, que por muchos dedos que indiquen nuestra penuria y el temblor ridículo que llevamos al caminar?

Compremos el abrigo y no lo paguemos. Este frío durará hasta Junio, porque el almanaque señala el final para Abril.

## A LA MULA NO LE IMPORTA

Corre el tranvía. De pronto se detiene. Hay un carro atravesado en mitad de la carretera. Un carro lleno de barriles de cemento, carga pesada, que hace presumir media hora de espera. Los carreteros sudan, maldicen, gritan; algunos empleados del tranvía acuden a ayudar al carretero; otro carretero que pasa ayuda también. Y mientras carreteros, empleados del tranvía y pasajeros del tranvía se desesperan, y hasta los barriles del cemento crujen nerviosos, la mula del carro, en pie, contempla indiferente el espectáculo, recibiendo el aire del mar que la refresca de la jornada.

Esta mula tiene toda la seriedad, toda la serenidad del hombre de ciencia. La mula es inteligente. Y además, se burla. Francis Jammes, el gran poeta francés, dice que él es un asno humilde y sencillo. Al ver a esta mula, incólume y enérgica, pensamos en el divino elogio que el poeta hace de sí mismo.

El carretero, irritado, maldice; los viajeros, desesperados,

lentos de puntualidad oficinesca, de esa puntualidad de las almas limitadas, protestan del mal estado de la carretera, del bache que encalló al carro y del exceso del cemento, con el cual el carro no puede andar. Pero la mula que no ha de llegar a ninguna hora de jefes, y le tiene sin cuidado el cemento del amo, menea el rabo como si fuera hombre, y bosteza en una irremediable actitud superior. Y los minutos pasan. Y los gritos se suceden, y hasta hay latigazos sobre el lomo de la mula, pero la mula ni se sonríe y parece exclamar como Carducci: "Es inútil que gritéis. La naturaleza me ha distinguido".

Decididamente, la mula es un gran elemento como dicen aquí en los partidos políticos refiriéndose al que les puede prestar un servicio bueno.

## EL VAGON CERRADO

Ya no hay mucho frío. Por eso el vagón cerrado ha empezado a funcionar. Podemos, si no abrigarnos efectivamente, recordar los fríos anteriores y todo se compensará. Dentro del vagón podemos decir: “El frío de hace quince días no se nota ahora con este vagón cerrado”. O más explícitamente: “Con el vagón cerrado no se puede uno acordar del frío de hace un mes”. Al vagón aunque haya venido tarde es preciso disculparlo. Acaso el vagón tenía también frío y no podía abrigar a nadie tiritando él. Es lógico suponerlo así. Un vagón descubierto no tiene frío porque si no iría cerrado, y puede abrigar mejor. En cambio, por muy cerrado que esté otro vagón, si está a la vez helado, la gente se helará también. Ahora que el tiempo se templó, el vagón puede abrigarnos más certeramente. Habrá una secreta razón patológica para que este vagón permaneciera ausente.

La gente que va en este vagón, aunque es la misma aparece distinta. Es una gente azorada, como la que viene tiritando de la calle. Nos mira y tuerce la vista; no se atreve a

estirar los pies. El vagón cerrado nos hace más corteses, más cobardes. Ninguna persona que vaya en este vagón podrá jamás saber quienes son las otras personas que le acompañan. Nadie sabe tampoco quien es la otra. El vagón cerrado nos aparta de la observación y nos nutre de hostilidad.

Con las cabezas bajas, mirándonos nuestros zapatos, odiamos al vecino que hace lo mismo que nosotros, odiándonos también.

Ese rencor plebeyo, ese rencor natural en todo insular, se exacerba dentro de este caliente y cordial vagón, que debiera unirnos más íntimamente por su cariñoso cobijo. Pero es que cada uno quiere ir sólo abrigado. Parece como si el calor se lo llevara uno sólo, el que está enfrente, y nos dejara a los demás unas plataformas descubiertas donde azota el viento.

Cuando el vagón cerrado viene a evitar gripes, nos recrudece el odio y, aunque nos hagamos correctos, finos, tímidos dentro de este vagón, nos sentimos dispuestos a saltar sobre el vecino y acogotarlo.

## EL ROSARIO DE LA AURORA EN EL OCASO

El jueves a la tarde, en el edificio del Cabildo Insular repartiéronse a un lado y a otro sendos mojicones. El pueblo enardecido gritó y dio palos. No hubo más herido que la consabida dignidad ciudadana.

Apuntemos en el Dietario el espectáculo. Bien o mal, es un síntoma de preocupación. Antes, todo discurría sobre la serenidad de una laguna cristalina. Ahora, hombres o sapos se agitan en la charca. ¿Nos consolaremos?

El insular está preocupado con la política. Ya no es posible conformarse. Y la voz o el palo ha de decirlo justamente: sobre la conciencia o sobre la caparazón del meollo. Los ciudadanos se echan a la calle, pero son los ciudadanos vulgares. Hay otros de más representación y fama que hurtan el cuerpo y no se meten en la contienda. Alguien aseguraba que ahora, sacudidos de indignación, entrarían a luchar con sus prestigios y sus votos. Podemos asegurar sin embargo que ahora se esconderán con más cautela.

Este tipo de insular es casi el culpable de los desbarajustes. Tipo característico, de un egoísmo manso y frío, inventa un cómodo desengaño para ejercitar la vaselina.— “Esto no tiene remedio. Lo mejor es meterse uno en su casa.”

No es lo mejor. Hasta el rincón más escondido del hogar llega el desasosiego. Hasta el fondo del baúl se siente el clamor y aún tapiados en nichos, no podremos evitar el rumor de los gritos: el grito escandaloso del cinismo y el aullido del pueblo que hiere el vergajo caciquil. El atardecer del jueves acabó como el rosario de la aurora. Y esto es más terrible. Ahora son dos rosarios, el rosario del orto y el del ocaso. Mañana tendremos un rosario a mediodía.

¿Quién queda por salir al campo? Esa gente escondida, cuya fuerza moral sería el triunfo definitivo. No es posible dejar los respetos atropellados en mitad del arroyo.

La indignación no es suficiente. Es necesario en esa gente aludida dar el pecho con más lealtad y ayudar a defender al pueblo que es, al fin y al cabo, el puntal de su propia defensa.

## SOL

Ya hay sol. ¿Hacía frío? No se lo podemos preguntar a las americanas negras ni a los hongos que estaban encantados con el discreto tono gris de estos días. Sólo nos lo podrá decir la arena de la playa y el árbol solitario del camino torcido por el viento. Nosotros tampoco lo podemos decir por que tenemos unos pantalones antiguos. El sol, sobre el mar, no sobre los hombres provincianos. Las ropas se avergüenzan de que se les descubra el recóndito verdor de sus negros y los sombreros de paja, estirados hasta el invierno, sacuden el polvo atrasado y triste. No, el sol no hace mal tan pronto. Es preciso aguardar hasta otros días más leves, cuando se puedan soltar las ropas de lana y florezcan en las sombrerías los nuevos sombreros blancos.

Pero saludémosle como el distinguido y querido amigo que alegra las oficinas y las redacciones y hace la calle de Triana menos áspera y estúpida; y cuando el espíritu se encuentre solo de amistad, y acosado de políticos o de jefatu-

ras y de mandatos, con sólo meter las manos en los rayos de oro, liberta de rencor y de odio el pensamiento pequeño.

A pesar de las ropas y de los hongos, el sol es un alivio. Está en un banco del Parque aguardándonos y nos deja el lugar cuando nos sentamos. Es un amigo pero no hay que saludarlo heroicamente. Es indiscreto decirle que se pare a oírnos como pretendió Espronceda, sino que pase, que pase siempre para verlo volver.

## ACABASE LA LUZ Y LA LUZ...

Están sonando las diez de la noche en la Catedral. Pero nosotros no podemos saber que son las diez. La luz del reloj se ha apagado. Y aunque dé mil campanadas el reloj, no es posible creer que marca hora alguna. Nuestros amigos los canónigos pusieron la luz porque el reloj era inútil. La gente oía campanas y no sabía dónde. Era preciso, pues, poner luces para que se supiera que se trataba de un reloj y que ese reloj marcaba una hora fija. Pues aunque leyéramos en la prensa que en la Catedral había un reloj, este reloj necesitaba expresar su vida más claramente. ¿Cómo un reloj da siete campanadas y nosotros podemos saber que han sonado las siete sin verlas? La escolástica canongil llega hasta este exagerado límite: ver para creer, dijo el santo filósofo. Si era el filósofo y no son dos distintos los santos, porque no estamos muy seguros.

Pero esta noche, sin luz a las diez, nadie podrá saber que esta hora existe. Hay una probabilidad, sin embargo: que

han sonado diez golpes. Pero esto no es suficiente. Pueden ser las diez de la mañana y no de la noche. Para saber, a punto fijo que son estas diez últimas necesitamos la luz. Si la hora se alumbra es porque son las nocturnas. Si permanece sin encender la luz, no es vano creer que la hora sonada es la matinal. Esta triste luz, descompuesta, siembra de tinieblas el horizonte de nuestras horas. Los canónigos, que no salen de noche, no se han enterado de que la luz que ellos han colocado en la torre se ha burlado cruelmente o se ha sentido demasiado humilde no queriendo que haya más luz en el sagrado edificio que las naturales que producen los sermones.

Han dado diez campanadas sin luz, esta noche. ¿Serán las nueve o las dos y media de la madrugada?

## A LA HABANA ME VOY

Sin ser sargentos de la guardia civil, como es preciso para irse uno a La Habana, unos amigos nuestros de “Fomento y Turismo” emprenderán el camino de Cuba cubiertos de encajes. La Habana recibirá entusiasmada tan amables y casi íntimos adornos y pondrá a una de sus vías o bulevares el nombre de “Los encajes” Por este pequeño y urbano éxito vale la pena de emprender un viaje largo.

Nuestros amigos, tan certeros siempre en sus organizaciones, han inaugurado una exposición de labores. Gratísimo lugar es aquél donde las sutiles prendas nos rodean, con un presentido perfume de íntima limpieza. Pero el viaje a la Habana tiene todo el aire de una emigración sentimental. Generalmente, el isleño va a La Habana a labrar la tierra y a asegurar la vejez en el nido, a la vuelta del trabajo.

Doblones áureos, ropas azules, de añil, jipis sin cinta y gordas cadenas de maroma traen, con la satisfacción de su bienestar guachindango, los indianos de Cuba.

Bien cubierto el riñón, retornan, pero con el riñón averiado. No obstante, este regreso es al fin la casa de la calle de Triana y la finca que le compran al antiguo amo que la hipotecó. Riqueza pintoresca y acomodo de hamaca. Pero, al fin, un regreso feliz.

En cambio, nuestros amigos los de los encajes volverán a la tierra sin camisas. Se llevan las prendas interiores y las dejan en La Habana, país cálido, bochornoso, donde hay que andar ligeros de ropa. Cuando, mañana, estos amigos regresan sin sus prendas, comprenderán sin embargo que La Habana es un país glorioso.

Y que aunque algunos señores crean que las camisas tienen once varas, son once varas en las cuales se puede uno meter con confianza y éxito.

## CUANDO RESUCITAN...

En estos finales días santos suelen salir en todos los periódicos provincianos unos articulitos pequeños y líricos titulados *Resurrexit*. Después de veinte siglos sigue Cristo resucitando literariamente. Hay escritores que no escriben más que este artículo. Y, así como el distinguido joven de la localidad se pasa el año confeccionando su traje de *Pierrot* para febrero, el escritor de los *Resurrexit* emplea la voluntad de doce meses en ayuntar las palabras resucitadoras para el sábado santo. Diez admiraciones y unos puntos suspensivos. Esto es el *Resurrexit* anual.

Nosotros tenemos un conocido que estrena traje oscuro todos los años por la Semana de Pasión. Es otro *resurrexit*. Traje que no es negro del todo para que sirva para los domingos venideros. Nuestro conocido resucita desde su traje, que es como el artículo, que tiene el corte del artículo y el aire sentimental y repetido del artículo. Cuando vemos en los periódicos este pequeño desahogo literario nos acorda-

mos del traje. La columnita tersa, brillante, compuesta con cursiva, como un traje oscuro planchado que tiene forros nuevos y huele a ese olor de sastrería, olor de planchas aburridas y de muchachas pobres los sábados al anochecer. Y aunque diga *Resurrexit*, como por primera vez, pasa tan desapercibido como el traje nuevo entre otros trajes nuevos que como son nuevos todos los años han perdido su novedad primitiva.

Han pasado muchos años. El primer periódico que se publicó en el mundo trajo ya este artículo. Y después todos los hombres que tienen este artículo embuchado, estrenan un traje oscuro. Parece como que le hacen un pequeño homenaje al artículo esperando que los adoradores de la localidad lo señalen como inteligente. Y no es posible recibir el dedo de la señal con un traje raído.

## UN JAPONES BEBIDO

Jamás habíamos visto un nipón ebrio. Ahora tenemos, de no sé qué barco, unas docenas de nipones que van y vienen en el tranvía. Ayer, uno de estos áureos medio-semejantes cogió su borrachera para tornarse rojo, pero no lo pudo conseguir. El vino bebido debió ser del blanco.

El japonés discutía con un árbol del Parque. El árbol estaba lleno de raíces; era un árbol dentado, una palmera local. Y el nipón se indignaba porque no era un arbolito enano como los suyos, liso y casi esmerilado. ¿A qué vino él a esta tierra remota, de casas enyesadas, donde no hay terremotos ni chozas de bambú, ni biombos de laca? Ha bebido su vino, porque era bueno como el poeta italiano, pero lo que el vino —gran evocador y gran consejero— le hizo ver luego fue malo. Transportado en el sueño a un camino de árboles geométricos, cuando sus manos quisieron tocar, halláronse unas ramas cercenadas y un tronco duro y ancho como la cintura de una patrona hispana. El nipón no podía ajustar sus ma-

nos con aquellos obstáculos y quería discutirles su existencia inaudita. Alma de héroe, se daba de cabezazos en el tronco y la sangre corrió como en una batalla de orgía. Chorro de vino rojo que no bebió salía por las sienas. La cara del japonés — ¡oh, tiempos simbólicos de Maura y Montaner! — era una bandera española. El árbol, brusco e ineducado, sin sutileza alguna, se chupaba lentamente la sangre, que regó las raíces.

Hemos meditado después sobre el porvenir de esta palmera: mañana será un bambú legítimo con la adornada gracia de un nenúfar en la copa.

## DIAS DE LUTO

Nuestros iridiscentes amigos los palmeros han dimitido. Parece que han empleado con ellos —tiernísimos lirios— procedimientos de fuerza. No querían dejar entrar la gripe y la gripe se ha ido a quejar a los altos poderes. Pero los palmeros se han indignado y han puesto banderas de luto y le han telegrafiado al *Diario* la actitud de la isla entera. “*A los demás periódicos no les telegrafían porque no han guardado respeto a la actitud.*” Quedamos nosotros aludidos.

La dimisión del pueblo palmero tiene una importancia mitológica, las banderas negras, una protesta romántica. La Palma es ahora y siempre ha sido una actitud, una postura. Nosotros la vemos extenderse como un discurso florido de certamen. Es una voz engolada sobre el Atlántico, un gesto de mano en forma de molinete lírico. La gripe no podía de ningún modo acabar con este prestigio literario. Y el pueblo palmero, poniendo un valladar en la costa, aleja la gripe, que venía en primera, llena de maletas neumónicas la cámara. Y

ahora, estos procedimientos de fuerzas porque no se dejaron debilitar el pecho, les hace arder en santa indignación, y apropiarse todos los cacharros del “Urceolo obrero” para defenderse.

El telegrama del *Diario* es la página más dramática de la historia insular, después de la muerte de Doramas. Esas banderas necrológicas y esa dimisión, tienen un aire dionisiaco, turbulento. Para dimitir de sus cargos los palmeros hechos no más que para cargos, algo muy trágico debe pasar en el alma indígena. El salón Terpsícore ha cerrado sus puertas al baile y en el circo de Marte ya no hay gallos que canten su propia muerte, como el cisne. Todos los socios, incluyendo muchas mujeres, han dimitido.

Dimitió el Alcalde y dimitió el baile, el Cabildo Insular, el elemento civil en peso. La isla, tendida sobre la planicie azul del Atlántico, no es a esta hora más que una dimisión marchita, una bandera mustia y negra sobre un asta, como en los bochornosos días sin viento...

## EL SEÑORITO ANUNCIA EL VERANO

Un señorito de la localidad se ha comprado un sombrero de paja, se ha montado en el tranvía y se ha ido a pasear a la playa de las Canteras. Otro señorito ha hecho lo mismo, y los dos se encontraron frente al mar. Una sola familia se había trasladado a su casa de la playa. Los dos señoritos han comentado esta coincidencia mientras el verano empieza tímidamente.

Una señorita dice: —“Ya se está yendo la gente para las Canteras”— Un joven distinguido ha preguntado en el Club, a otros jóvenes: —“¿Cuándo se marchan Vds. a las Canteras? Y los jóvenes han respondido: —“Este año vamos a Tafira.”

Hay un perfumado deseo de veranear. El sol mismo, dice a mediados de Abril: “Aquí estoy, a las órdenes de las pame-las y de los zapatos blancos.” Y a la gente le entra calor, un calor elegante de paseos sin sombrero pero con unas sombrillas de colores vivos. Y el dueño de todas estas familias se dedica a preparar su veraneo en el ómnibus automóvil. Ve-

raneo de aire agradable, veraneo fresco aunque un poco apretado.

Tener a la familia en el campo, es hacer una frase consoladora: —“Tengo a mi gente en el Monte”. Y aunque el señor apenas veranee, la frase le alivia el calor, es como un pay pay gramatical, que ensancha el alma oficinista.

Los dos señoritos que han ido hoy a las Canteras, y se han encontrado a la primera familia de la temporada han gozado la sensación de un espléndido futuro veraniego. ¿Abril, y ya la gente de temporada? La vida es admirable.

Nosotros quisiéramos tener un pequeño verano, aunque fuera el veranillo que tienen las nueces. Hay un sentimiento dulcísimo que no hemos podido experimentar nunca: el llevar un queso de bola, en el tranvía de las ocho a la familia que está en las Canteras.

Esta familia que aguarda diciendo: “Pancho, has tardado hoy”. Y luego Pancho llega llenando el espacio de su tardanza con el esférico queso, alegría *postril* de nuestra clase media.

## LOS BIOMBOS AMBULANTES

Hay en la bahía fondeado un buque fantasma. No el de los mástiles negros y las velas de sangre. Nadie ha visto este barco nuestro. No es un barco inglés, no es un barco español, parece que no está fondeado y que si lo presentimos, es de tan lejana nación o de tan extraña catadura, que no es posible uno imaginárselo bien. No es un barco de los que vemos fondeados, con nuestros ojos. Está detrás de todos los barcos, casi al ras del agua. ¿Pues de dónde salen tantos japoneses chiquitos? Hay una epidemia de japoneses. Montamos en el tranvía y de pronto, surgen frente a nosotros, diez, veinte, japoneses cubiertos con todos los sombreros de antes de la guerra, esos sombreros que se quedan en las sombrererías rezagados, en unas cajas que no son las de ellos. Los restos de las estaciones, los hongos de excesiva medida, esos que no compraba sino el tal señor que se mudó de provincia o se murió antes de que llegara su sombrero.

Los japoneses se extienden por toda la ciudad, en gru-

pos, parados en una esquina, parecen las figuras de los biombos de laca que se han salido de allí, ahitos de kimonos y ansiosos de hongos ingleses.

Todos, con unos ojos rayados, de igual estatura todos, cuando se colocan juntos, con los ojos pequeños y recónditos parecen una sola línea trazada a pluma, con una regleta comercial.

¿Por qué han dejado las sedas y las sandalias de rosa, por estos hongos y estas americanas, anchas también como los kimonos? —Los hongos tropiezan con el aire del tranvía, y los japoneses al reirse parece que se están riendo a escondidas de sus propios sombreros, viéndose reflejados en el fondo de un lago sagrado, cubierto de menúfares.

Uno ha cogido con las manos ayer, en el tranvía, su hongo. El hongo era una barca donde el japonés se hubiera metido para remar en otro biombo caricaturizado. El ha dicho algo a sus amigos del hongo, porque todos se han puesto serios y han contemplado el sombrero con cierta religiosidad confusa. El hongo ha dado vueltas en las manos del japonés. ¿Qué pensaban? ¿Qué era, en realidad aquella cosa que ellos se ponían en la cabeza sin percatarse bien del oficio?

El hongo podía ser un ídolo interesante. Un talismán misterioso. Desde nuestro asiento, un poco ciegos de polvo y de velocidad, nos pareció que el hongo era un diminuto Buda hidrópico.

## POR QUE DESAPARECE EL LAUREL

Porque sobresale. El laurel no puede continuar en alto. Y enfrente del casino, menos. Es la perenne historia insular. El rodillo nivelador de que nos habló en memorable fecha don Luis Millares.

Hemos pasado junto al laurel herido. Durante muchos años se irguió gallardo, superior, espléndido. Pero los hombres pequeñitos diéronse cuenta de que el laurel les vencía en estatura y han acordado suprimirlo. Es un caso de envidia provinciana.

Era lo más ilustre de la ciudad. Tenía un prestigio antiguo y simbólico. No pudo ofrecer sus ramas para coronar a los hombres locales y él mismo se servía de ellas sobre su testa gloriosa, porque era el mejor de los nacidos. Hoy, medio derrumbado, no abate sin embargo su gesto de desdén orgulloso. Cerciorarán sus ramas, machacarán sus hojas. Quedará el laurel incólume, altivo. Las raíces se extienden largamente; cuando el tronco esté astillado, las raíces perdurarán escondidas, asqueadas bajo la tierra.

Estos hombres pasan junto al laurel indiferentes. Nadie se ha conmovido. Era la sombra ilustre de los profesionales, de los hombres que pretenden ser inteligentes. Nada ha perdurado tan firmemente como el laurel amigo. Y no era posible tolerarlo más. Ahora hay mucha gente que quiere ser más alta que él y era mucha la sombra que proyectaba.

Se nos va. No han sabido amarlo ni comprenderlo. Pasó sobre los años respetado por los espíritus de ayer. Tenía la altura desmesurada y las ramas famosas para la alegoría genial. Pero, ¿para qué había de quedar ahora, en un lugar donde los hombres se coronan sólo de usura, él que es puro, amplio, infinito?

Despidamos al viejo amigo. Lloremos en silencio y a escondidas la muerte /  
daces de la ínsula.

/ todos iguales. Ya

no habrá nadie más alto.

## LAS HOJAS DE ROSA

Después de diez años hemos vuelto a la Catedral. Era día de la Ascensión. Nos habíamos levantado temprano, vacíos de recuerdos. Ni el recuerdo de la noche anterior. Todo el espíritu solo. Caminábamos en silencio, en medio de los hombres mañaneros, cuando llegamos a la Catedral. Y de pronto, la imaginación fatigada del ocio da un salto de veinte años. Un salto a la niñez.

¿No era aquí, en la Catedral, donde caían por unos agujeros de la bóveda las hojas de las rosas? ¿De dónde venían esas hojas queridas? ¿Había un ángel escondido que sembraba hojas de rosas, sobre los canónigos y sobre los beneficiados?

Y llegó el día del colegio y el día del traje nuevo estrenado en semana santa, resucitado hoy, día de la Ascensión. Y un olor de rosas frescas en el alma —olor de niñez y de alegría— y los ojos se iluminaron y volvieron a ver las rosas deshojadas descender al altar. Y el Obispo Cueto, tan pequeño

y tan dulce y tan limpio, pisando los montones de rosas. Y luego, las campanas, que tenían el sonido y el aroma de las hojas que caían, en una lluvia constante, infantil. Las capas pluviales eran luminosas, el órgano sonaba más claro. Toda la iglesia era Mayo, un Mayo único, que se agolpaba todo en este día tan bueno.

Hoy estaba la ciudad llena de holandeses y de británicos. Unas mujeres rosas, claras, también de Mayo. La Catedral se llenó de estas mujeres. Y nosotros, fuera, pensamos que estas mujeres nuevas traían a la lluvia de rosas una nueva cordialidad. Y el recuerdo de ayer se precisaba más amplio. Era necesario recordar otra vez.

Y entramos. ¿Dónde estaba el ángel? —No era un ángel. Era un sacristán, el sembrador de rosas. Pero tampoco estaba el sacristán. No había hojas. Las hojas se perdieron en las bóvedas. La lluvia había caído. Al menos, cuando entramos, no llovió más. Desde la puerta, nuestros ojos lloraron la antelación de la lluvia o el retraso de nuestra curiosidad.

Pero en nuestro espíritu, las hojas estaban ya secas y eran dos o tres nada más que se llevaba el viento. Un viento frío que venía de un cielo gris sin emoción.

## EL RECUERDO OLOROSO

Habíamos permanecido alejados en este día solemne de Corpus. Día en que comenzaban las vacaciones del colegio y por eso doblemente recordable.

Habíamos huido al Puerto. La gente encapotada y bilian-te, es para los treinta años de una vida poco feliz, intolerable. El Corpus, tiene el prestigio retumbante de los zapatos de charol y los trajes de seda que se estrenan. El Corpus, para este grupo de seres que forman lo que se llama sociedad, es una fecha de figuraciones. Los cuerpos bien sociables no se hallan confortados este día si no estrenan el traje, como los cuerpos limpios no se avienen a dejar el baño matinal. Corpus nuevos. En las plazas, en las calles se diluyen en trapos los sueldos oficinescos.

Pero nosotros ya no adivinamos estos debuts anuales. No podemos ser espectadores, y algún malicioso acaso diga que por no poder ser actores a la vez. No somos espectadores y habíamos ya olvidado el solemne y amado espectáculo de nuestra niñez.

Por la mañana, al pasar, pensamos: “Aquí había un arco”. “Y aquí unos obispos”. “Unos retratos de obispos. ¿Por qué ponían estos retratos?” Y la memoria confusa no recordaba bien.

Unas plumas, unas ramas. Este año parecía la preparación más esplendorosa.

Nos pasamos la tarde frente al mar, que estaba gris, aburrido y solitario. Llegó la noche y retornamos a la ciudad, cuando la gente pasaba con sus trajes nuevos que parecían tan mustios como las pisadas alfombras de flores. No quedaba nada. Sólo el recuerdo del olor de la tarde.

La ciudad olía a nuestros días pasados. El aroma, lleno de pureza y de alegría entró en el espíritu, despertándole una primera juventud olvidada.

Y al entrar en nuestra casa, detrás de nosotros, venía la sombra del ayer, acariciándonos en las espaldas, con tan sutil y punzante caricia, que llegó a arañarnos el corazón angustiado e incrédulo.

## OTROS TEXTOS

## EL HUMO DORMIDO, por Gabriel Miró

Ha llegado este libro; viene “de los bancales segados, de las tierras maduras, de la quietud de las distancias”, un humo azul que sube, se para y se duerme.

Toda la obra de este gran artista de los recuerdos y de la palabra, es como un humo dormido, un alma azulada que se eleva y se duerme. Nada más quieto —de dulce quietud— ni nada más puro, en la literatura española actual. Gabriel Miró, en otra tierra de menos elocuencia y más hondura, hubiera sido el más original y el más amado de los artistas. Gabriel Miró es el silencio del recuerdo. Sus libros vienen siempre como claras memorias de otros días, de los días de todos; los días íntimos y serenos que tienen, sin embargo, un cielo melancólico y un rumor imperceptible de ensueño triste.

Ignorado de la gente, aparece *El cuento semanal*, con su admirable novela *Nómada*. Una revelación y una oleada de cariño hacia el hombre que tenía aquella virtud tan humilde

y tan honda. Más tarde, en medio del silencio hostil de los profesionales van saliendo sus otros libros: *La novela de mi amigo*, *Del vivir*, *Las cerezas del cementerio*. Pasan sencillos, callados, como esos hombres que nadie conoce y que siempre vemos sin deseos de hablarles, hasta que de verlos tanto, un día la casual amistad une para siempre.— ¿Y cómo hemos perdido aquellos días anteriores viéndolos, nada más?

*El abuelo del Rey*, aparece más tarde. El libro más justo, más bueno, de más profunda huella. Y después *El libro de Sigüenza*, *Las Figuras de la Pasión*. Aparecen en las librerías, como si hubieran estado escondidos, y de pronto, un día más justo y más claro, se asoman para traernos su recuerdo. Y los hombres astutos, los profundos hombres silenciosos que viven en las provincias españolas se van llevando de los escaparates estos libros, que son como breviarios que tienen el tono amable de los breviarios y el denso aroma de una religión desconocida. Jamás hemos sentido el alma tan limpia, como cuando leemos estos libros.

*El humo dormido* llegó hace unos días. Entre el estridor de tanto libro vano, éste es la fuente para refrescar y descansar a la sombra. Gabriel Miró, cada momento más maestro, ha llegado a la suprema perfección espiritual. En las manos sus libros se llegan a hacer impalpables. Parece como que todo va saliendo de nosotros mismos, por una virtud prodigiosa, o nos lo dicen al oído, con ese intenso calor de las palabras secretas.

El lector debe leer esta última obra del ilustre novelista.

## LA TRISTEZA DEL HONGO

Aunque no habíamos mirado al muelle, cuando cruzábamos la carretera en dirección al Puerto, dijimos: Posiblemente un barco inglés acaba de llegar. Nos lo estaba indicando un hongo, sobre un pescuezo rojo y violento.

Delante de nosotros, un inglés de segunda clase, uno de esos ingleses que llevan ropa azul marina, arrugada, y un pescuezo sin cuello, sostenía, con una dignidad de dieciséis guineas, un hongo triste, melancólico y solterón. Nosotros pusimos el interés de nuestro viaje en este hongo, y dejamos el libro por la caperuzza del inglés.

El paisaje es más interesante que el libro. Aunque el paisaje sea siempre igual y lo hayamos visto muchas veces. Ahora es un árbol, el árbol de siempre, el que está en tal sitio del camino. Al llegar lo contemplamos como todas las horas y al volver, es la misma mirada, nueva acaso, cada momento, la que se posa en él. Después es el mojón de piedra que señala los kilómetros, más tarde, el hombre de la tienda, en mangas

de camisa, con un periódico arrugado en la mano. El libro se cierra, porque pueden escapársenos estos amigos del camino. Y parece como que no puede ser corto el viaje, ni dulce, ni afortunado, pasando sin verlos.

Hoy, el paisaje es el hongo del inglés. El hongo triste. Sin duda que se ha hallado solo, en medio de las *cachorras* o de los livianitos y se empina sobre la redonda cabeza británica. El hongo tiene el susto melancólico de esos pobres viajeros que no han visto otro lugar que su villa natal. No hay otro hongo por los alrededores. ¿Con quién puede hablar el hongo este? Es como un negro que llegara a Europa: tiene el asombro de un negro, y todo el mundo lo mira sobre la testa anglicana, con esa curiosidad del paleta civilizado. Y el hongo se azora y se le van enrollando poco a poco las alas, hasta que se queda en la coronilla del inglés. Entonces la gente se ríe, y el hongo empieza a tartamudear y rueda sobre los bancos, presa de un síncope.

El inglés se compadece y lo recoge y lo acaricia y el hongo emocionado se vuelve a anchar y cubrir la cabeza de su dueño.

El tranvía llega a su destino. El inglés se apea y entonces el hongo tiene sobre la cabeza roja toda la gracia y la alegría de un loro sacado de la jaula.

# índice

nota	7
el avión se fue [13-1-1920]	11
la existencia de un hilo [19-1-1920]	13
nos morimos menos [20-1-1920]	16
un pequeño genio [21-1-1920]	18
mejor y peor [23-1-1920]	20
uno solo [26-1-1920]	21
nuevo silencio [28-1-1920]	23
los dos vapores iguales [29-1-1920]	25
el apóstol pablo [30-1-1920]	27
llamar la atención [3-2-1920]	29
todos menos uno [4-2-1920]	31
lluvia política [9-2-1920]	33
un marinero [10-2-1920]	35
el cielito infernal [19-2-1920]	37
noroeste [20-2-1920]	39
piñata [23-2-1920]	41
nada [24-2-1920]	43
sin duda [27-2-1920]	45
correo de marte [3-3-1920]	47

¿psicología popular? [8-3-1920]	49
frio [9-3-1920]	51
el almanaque no se ha equivocado [10-3-1920]	53
a la mula no le importa [11-3-1920]	55
el vagón cerrado [15-3-1920]	57
el rosario de la aurora en el ocaso [20-3-1920]	59
sol [22-3-1920]	61
acábose la luz y la luz... [23-3-1920]	63
a la habana me voy [26-3-1920]	65
cuando resucitan [5-4-1920]	67
un japonés bebido [10-4-1920]	69
días de luto [17-4-1920]	71
el señorito anuncia el verano [19-4-1920]	73
los biombos ambulantes [21-4-1920]	75
por qué desaparece el laurel [7-5-1920]	77
las hojas de rosa [14-5-1920]	79
el recuerdo oloroso [4-6-1920]	81
<b>otros textos</b>	
<i>el humo dormido</i> [26-1-1920]	85
la tristeza del hongo [13-3-1920]	87
índice	89

la fecha entre corchetes indica la de publicación del artículo.

colección  
cultura viva de canarias

obras publicadas

**memorial de a. d.**  
luis león barreto

**cuadros del penal**

juan rodríguez doreste

**a la mar fui por naranjas**

**antología poética**

pedro garcía cabrea

**el paraíso de los nudos**

**antología poética**

agustín millares sáiz

**tristeza sobre un caballo blanco**

alfonso garcía ramos

**el cine en canarias**

carlos platero

**espejo de paciencia**

silvestre de balboa

(serie: biblioteca de rescate)

**doña lola la del pelo azul**

luis ortega abrahám

**mararía**

rafael arozarena

**memoranda**

alonso quesada

(serie: biblioteca de rescate)

obras en preparación

**ensayos sobre cultura canaria**

ángel sánchez

**el nacionalismo canario**

a. millares cantero / m. de paz sánchez

**guad**

alfonso garcía-ramos

**el barranco**

nivaria tejera

**cerveza de rano rojo**

rafael arozarena

**isla y literatura**

domingo perez minik

cultura viva de canarias  
ensayos

**edirca** s.l.  
editora regional canaria

**Memoranda** está formado por una serie de *crónicas* aparecidas en 'La Publicidad', de Las Palmas, en 1920, e inéditas hasta ahora en libro.

Los textos aluden a personajes y situaciones entrañados en la minúscula historia local de la época, transcendidos de su anécdota cordial y cotidiana en virtud de la eficacia lingüística de la prosa de Quesada.

La llegada de un hidroavión, el azote del polvo y viento africanos o de la gripe, los baños de mar en la playa de Las Canteras constituyen algunos de los temas de esas crónicas; su sabor y olor hacen revivir una ciudad y unas gentes distintas sólo en apariencia a las de ahora; básicamente, el complejo mecanismo moral que los moviliza y que condiciona sus acciones y reacciones sigue vigente en la ciudad y en los seres de hoy.

**Memoranda** es el libro de una memoria: tiene la poesía que infunde la nostalgia al recuerdo; pero es también un texto punzante que descubre la condición humana del insular. La ironía con que se anotan sus gestos, la ternura con que se describe el ambiente, revelan la creación de un maestro del lenguaje que supo radiografiar con esa herramienta única el espíritu de sus paisanos y de la ciudad que fue su "infierno Atlántico".